

El areópago de las migraciones

Claves pastorales en el marco de la nueva evangelización

José Manuel Aparicio Malo

Universidad Pontificia Comillas

E-mail: jmaparicio@iem.upcomillas.es

Recibido: 30 junio 2013

Aceptado: 4 julio 2013

RESUMEN: Un sínodo es un acontecimiento eclesial impulsado por el colegio episcopal, pero llamado a ser desarrollado por todo el pueblo de bautizados. El celebrado el pasado otoño señalaba los areópagos para la nueva evangelización, con especial protagonismo para el de las migraciones. Este artículo se suma a los esfuerzos por alcanzar las pretensiones sinodales sugiriendo doce claves imprescindibles para el diseño de estrategias pastorales en el ámbito de la movilidad humana.

PALABRAS CLAVE: areópago, migraciones, Encinar de Mambré, justicia social, Nueva Jerusalén.

The aeropagus of migrations

Pastoral keys within the framework of the new evangelization

ABSTRACT: A synod is an ecclesial event driven by the College of Bishops but called to mature all over the baptized people. The synod that was held last year identified the aeropagus of the new evangelization, with particularly important role of the aeropagus of migrations. This article is part of the efforts in achieving the Synodal pretense through twelve indispensable keys to design pastoral strategies within the human mobility.

KEYWORDS: aeropagus, migrations, Oak of Mamre, social justice, New Jerusalem.

La Secretaría General del Sínodo de los Obispos, explicando el sentido de su quehacer, remite al sentido etimológico de la palabra para descubrir, en los términos griegos *syn* («juntos») y *hodos* («camino»), una bella metáfora que delimita el horizonte de sus pretensiones¹. La

referencia al camino impregna el trabajo de un sentido dinámico que invita al movimiento y la evolución. No se trata de un itinerario que ha de ser creado, sino de una vereda existente y que, por esta ra-

LOS OBISPOS, *Sínodo de los Obispos. Material informativo. Introducción* (15 de septiembre de 2007).

¹ Cf. SECRETARÍA GENERAL DEL SÍNODO DE

zón, presupone un compromiso con la búsqueda de la verdad².

En no pocas ocasiones, los senderos están ocultos por la maleza, capaz de crecer en tiempos vertiginosos, de modo que las referencias desaparecen súbitamente dando paso a la confusión. Por esta razón, el «camino juntos» invita al diálogo, a las experiencias que vertebran la comunión y al discernimiento que, acogiendo más voces, se hace más provechoso. Al tiempo, la unidad se ofrece como antídoto a la soledad y la desesperanza.

El sínodo convocado en el Año de la Fe expresa la catolicidad de la Iglesia visibilizada en el protagonismo de los obispos. La identidad de su ministerio fue uno de los ejes conductores de la teología conciliar donde fueron definidos como quienes:

«Son, individualmente, el principio y fundamento visible de unidad en sus Iglesias particulares, formadas a imagen de la Iglesia universal, en las cuales y a base de las cuales se constituye la Iglesia católica, una y única. Por eso, cada obispo representa a su Iglesia, y todos juntos con el Papa re-

presentan a toda la Iglesia en el vínculo de la paz, del amor y de la unidad» (LG 23).

A través del episcopado queda convocada la Iglesia, pueblo de Dios, a cuya experiencia acceden los partícipes en el don del bautismo. Así, el sínodo no es una llamada a la contemplación del testigo externo, sino a la implicación de quien participa de la condición de «sacerdote, profeta y rey». Un «camino juntos» que asume los retos que la Iglesia encuentra en este Año de la Fe, cuyos objetivos quedaron delimitados en la carta apostólica «Porta Fidei»:

«Intensificar la reflexión sobre la fe para ayudar a todos los creyentes en Cristo a que su adhesión al Evangelio sea más consciente y vigorosa, sobre todo en un momento de profundo cambio como el que la humanidad está viviendo»³.

Un tono que presupone la alerta ante las dificultades de los creyentes y que justifica la temática escogida: «La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana». El *Instrumentum laboris* sugiere que el «camino juntos» conduce a «nuevos escenarios» para enumerar los contextos en los que

² Cf. BENEDICTO XVI, *Audiencia general* (25 de agosto de 2010), *Insegnamenti di Benedetto XVI*, VI,2, Vaticano 2011, 122-124.

³ ÍD., *Carta apostólica en forma de Motu Proprio «Porta fidei»* (11 de octubre de 2011) 8, Madrid 2011.

El areópago de las migraciones

este nuevo impulso está especialmente justificado: «El areópago representaba entonces el centro de la cultura del docto pueblo ateniense, y hoy puede ser tomado como símbolo de los nuevos ambientes donde debe proclamarse el Evangelio»⁴.

El segundo de ellos, mostrando así su relevancia, es el de las migraciones. El documento no se extiende en el detalle de la complejidad y las particularidades de este ámbito y, realmente, solo sugiere la conexión con las implicaciones económicas del fenómeno. Esta ausencia ofrece un horizonte a este artículo: en el marco del proyecto de este número monográfico, queremos sugerir doce claves que, procedentes del magisterio, sirvan para iluminar situaciones tan complejas y diversas como las que ahora describen la movilidad humana.

La Revelación en «El encinar de Mambré»

La Iglesia ha aceptado la invitación a «caminar juntos» desde su origen y no es aventurado ligar su origen al fenómeno migratorio. La imagen que acompaña a este texto es el

famoso «Icono de la Trinidad», del pintor ortodoxo medieval Andrei Rublev, que, seguramente, habrá servido para momentos de oración y contemplación para muchos de los lectores⁵.

Una primera visión del icono remite a la experiencia del Dios trinitario de modo evidente. En el centro de la escena, de forma original, no encontramos la figura de Dios Padre, sino la figura de Cristo, Rey del universo. A su derecha, la del Espíritu. Cerrando el conjunto, a la izquierda, el Dios paternal.

Los tres comparten una mesa, signo de fraternidad y de igualdad entre las personas y, en el fondo del escenario, tres metáforas ilustran la experiencia de la fe que este año celebramos de forma especialmente intensa: el «árbol de la vida» recuerda que la persona solo encontrará respuesta a sus interrogantes profundos en la experiencia de la encarnación, en el reconocimiento de que Jesús es el Hijo de Dios: el Mesías esperado. En ella se cimenta la felicidad y el sentido de la existencia de toda persona.

La montaña vincula la experiencia espiritual a un continuo ascenso que llamamos seguimiento, y que

⁴ JUAN PABLO II, *Redemptoris missio* (7 de diciembre de 1990) 37, AAS 83 (1991), 282-286.

⁵ Cf. L. ALBAR, *La belleza de Dios. Contemplación del icono de Andrei Rublev*, Bilbao 2001.

nos invita al esfuerzo y a la conversión que conducen a la contemplación de Dios.

Tras la figura del Padre, un edificio nos sugiere la intención de Éste de que quede instaurado el Reino de Dios: un espacio de la existencia donde disfrutar de la Alianza y desde la que sea posible la reconciliación del género humano.

Las tres figuras configuran, en el espacio que queda abierto entre sí, una forma que se ofrece como un cáliz, recordándonos la presencia de esta experiencia trinitaria en los sacramentos y, de modo especial, en la Eucaristía; para recordar que en ella está la fuente de las experiencias descritas.

Entrando ya de lleno en el ámbito de las categorías pastorales, es especialmente interesante el juego de las miradas entre las tres figuras. Se intuye una mirada recíproca y amorosa entre el Padre y el Hijo. El Espíritu contempla esa mirada, pero, al mismo tiempo, parece estar dirigiéndose, también, hacia quien contempla el cuadro sugiriendo la dinámica de la economía de la salvación que, partiendo de la Trinidad, se ofrece hacia todo aquél que se abre a su presencia a través de la oración y la meditación.

La preocupación no es estática y las varas que son portadas por las tres figuras vinculan el amor afecti-

vo al efectivo del cuidado y el pastoreo. De este modo, queda significada la iniciativa de un Dios que sale al encuentro, si no a la búsqueda, de la persona.

El icono resulta de especial interés para nuestra reflexión por el detalle de las alas que acompañan a cada una de las figuras. Las personas de la Trinidad quedan, así, sugeridas como ángeles. Con este recurso, de forma magistral, el autor liga la descripción del misterio de Dios a uno de los pasajes menos populares pero, sin embargo, más decisivos de la literatura bíblica para la comprensión de la Historia de la Salvación (Hb 13,2).

Se trata del pasaje de «El Encinar de Mambré», consignado en el libro del Génesis (18,1-16). En él se relata el encuentro de Abraham con tres forasteros que, de «forma sinodal», venían caminando juntos. Según el texto (Gn 18,16) se dirigen hacia Sodoma, uno de los lugares paganos por antonomasia, de modo que el rechazo o la simple ignorancia, habrían resultado razonables⁶.

Sin embargo, movido por la compasión, por el recuerdo de la experiencia de quien ha compartido la misma suerte de tener que vagar

⁶ Cf. G. VON RAD, *El libro del Génesis*, Salamanca 1982², 249-256.

El arcópag de las migraciones



Andrei Rublev

sin un hogar propio, sometido a los rigores del camino y la climatología, Abraham los acoge en su tienda y les dispensa la hospitalidad y el trato propio de quien re-

cibe a alguien importante (Gn 18,7-8): en ellos la compasión se torna experiencia de Dios dando razón de que Abraham se postrara ante su presencia (Gn 18,2).

Sin él saberlo, los personajes son realmente mensajeros de Dios, quienes le traen la noticia de la bendición de Yahvé en forma de un futuro hijo. Con este acontecimiento comienza la historia del Pueblo de Israel y se inaugura una larga tradición que vincula la identidad del Pueblo Escogido a rasgos de los que nunca podría ya separarse: la apertura hacia el Otro, la sensibilidad hacia quien se encuentra en situaciones de debilidad, el compromiso y la implicación en su suerte; se ofrecen como escenario donde es posible sentir la bendición de Dios.

De esta forma, Rublev vincula, de manera indisociable, la experiencia cristiana del Dios Trinitario al compromiso caritativo que verifica el amor recibido de Dios y que busca ser entregado a los hermanos. Y nos arroja el reto de que el «camino juntos» hacia los «areópagos migratorios» no sea fruto de una opción pastoral justificada por el contexto social o económico; sino reconocimiento y compromiso con la presencia de Dios en la experiencia de la itinerancia⁷. Juan

⁷ La «salida de la propia tierra» se ofrece en la literatura bíblica como cauce privilegiado para la comprensión de la experiencia de fe, y los evangelios de la infancia de Mateo lo expresan con especial acierto: los Magos de Oriente muestran el valor de la salida de la tierra propia

Pablo II mostró el alcance de esta inquietud espiritual:

«La catolicidad no se manifiesta solamente en la comunión fraterna de los bautizados, sino también en la hospitalidad brindada al extranjero, cualquiera que sea su pertenencia religiosa, en el rechazo de toda exclusión o discriminación racial, y en el reconocimiento de la dignidad personal de cada uno, con el consiguiente compromiso de promover sus derechos inalienables»⁸.

La gramática del areópago de las migraciones

La mirada entre el Padre y el Hijo que se comunica a través de la del

en búsqueda de la verdad: cf. BENEDICTO XVI, *La infancia de Jesús*, Barcelona 2012, 98-107; Jesús es descrito como «el nuevo Moisés» que, compartiendo las experiencias del pueblo de Israel en el desierto y el exilio, puede mostrar, desde la propia experiencia, la acción salvífica de Dios (Mt 2,13-22): cf. A. Díez Macho, *La historicidad de los evangelios de la infancia. El entorno de Jesús*, Madrid 1977, 7-49. Al término del Evangelio, la parábola del capítulo 25 de Mateo refuerza la idea de la identificación del Hijo con la experiencia del forastero y el emigrante: cf. U. Luz, *El Evangelio según san Mateo*, Salamanca 2012², 659-716.

⁸ JUAN PABLO II, *Mensaje en la Jornada Mundial del Emigrante 1999* (2 de febrero de 1999) 6, *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, XXII,1 (1999), Roma 2002, 988.

El arcópagado de las migraciones

Espíritu, requiere una traducción a un lenguaje pastoral capaz de responder a la dinámica de la encarnación y de dialogar con el contexto actual.

Nos servimos para esta pretensión del magisterio que, por su universalidad, acude a una estrategia de criterios «genéricos» que permiten responder a distintos contextos eclesiales donde el fenómeno migratorio reviste distintas expresiones. Al mismo tiempo, permite acoger la realidad plural de sus protagonistas: los refugiados políticos, los emigrantes en situación irregular, los de larga duración que buscan la plena integración en la sociedad, y aquellos que, como consecuencia de la crisis, dan lugar al fenómeno conocido como «migración cualificada» y a la de «retorno».

1. *Toda acción pastoral católica es una iniciativa que integra cinco dimensiones al unísono: anuncio-misión, catequesis, liturgia, caridad y comunión*

El Concilio mostró la necesidad de superar la pastoral como conjunto de acciones, para abrirse a un modelo como auto-realización de la Iglesia⁹:

⁹ Cf. J. A. RAMOS, *Teología pastoral*, Madrid 2006, 101-121.

«a) La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (*kerygma-martyria*), celebración de los sacramentos (*leiturgia*) y servicio de la caridad (*diakonia*). Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra»¹⁰.

Esta interdependencia permite un mínimo de condiciones que ayuden a conseguir el horizonte de una atención integral que contemple los aspectos materiales y espirituales de los migrantes.

2. *Toda acción caritativo-social debe estar incluida en una dinámica que contemple tres dimensiones que han de ser articuladas: profética, promocional y asistencial*¹¹

La conexión de migración y exclusión social es una ecuación irrenunciable y originaria de la preocupación eclesial¹². En estas

¹⁰ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est* (25 de diciembre de 2005) 25, AAS 98 (2006), 236.

¹¹ Cf. L. GONZÁLEZ-CARVAJAL, *Con los pobres contra la pobreza*, Madrid 1991, 143-151.

¹² La preocupación por la suerte de los creyentes que se veían forzados al desplazamiento marca el inicio de la pastoral con migraciones. El origen puede situarse en el magisterio de Pío IX y su

coordinadas la complejidad de la naturaleza humana exige procedimientos capaces de mostrar las causas de la injusticia (profética), generar procesos de crecimiento que redunden en una adecuada inserción social (promocional) y que atiendan con eficacia las necesidades inmediatas (asistencial).

«Por tanto, toda la Iglesia del país receptor debe sentirse involucrada y movilizada en favor de los inmigrantes. En las Iglesias particulares, habrá que reexaminar y programar la pastoral, para ayudar a los fieles a vivir una fe auténtica en el actual nuevo contexto multicultural y de pluralidad religiosa. Por eso, es tan necesario, con la ayuda de los agentes sociales y pastorales, dar a conocer a las poblaciones autóctonas los complejos problemas de las migraciones y contrarrestar los recelos infundados y los prejuicios ofensivos hacia los extranjeros»¹³.

encargo a los salesianos para la atención a los italianos en Argentina. León XIII con sus escritos *Liber agnovimus* (1887) y *Quam aerumnosa* (1888), inaugura la dimensión más reflexiva: cf. J. A. MARTÍNEZ DÍEZ, *El cristiano ante la inmigración*, Madrid 2008, 181-195.

¹³ Cf. PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PASTORAL CON LOS EMIGRANTES E ITINERANTES, *Erga caritas christi* (3 de mayo de 2004) 41, AAS 96 (2004), 784.

3. *La tarea de la justicia social corresponde al Estado, no a la Iglesia*

El reconocimiento de la autonomía de la realidad¹⁴ y el cambio operado en el Concilio en relación con la visión positiva de todo lo creado, se verifica en la distinción entre los servicios de responsabilidad del Estado y las competencias asumidas por la Iglesia de manera subsidiaria. Este equilibrio permite mostrar su «opción preferencial por los pobres»¹⁵ y el carácter trascendente de la naturaleza humana.

«La Iglesia no puede ni debe emprender por cuenta propia la empresa política de realizar la sociedad más justa posible. No puede ni debe sustituir al Estado. Pero tampoco puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia. Debe insertarse en ella a través de la argumentación racional y debe despertar las fuerzas espirituales, sin las cuales la justicia, que siempre exige también re-

¹⁴ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes* (7 de diciembre de 1965) 36, AAS 58 (1966), 1053-1054.

¹⁵ Cf. FRANCISCO, *Audiencia al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede* (22 de marzo de 2013): http://www.vatican.va/holy_father/francesco/speeches/2013/march/documents/papa-francesco_20130322_corpo-diplomatico_sp.html (15 de junio de 2013).

El arcótipo de las migraciones

nuncias, no puede afirmarse ni prosperar. La sociedad justa no puede ser obra de la Iglesia, sino de la política. No obstante, le interesa sobremanera trabajar por la justicia esforzándose por abrir la inteligencia y la voluntad a las exigencias del bien»¹⁶.

4. *La tarea fundamental de la Iglesia tiene que ver con la caridad*

Siendo urgente el conjunto de planificaciones, programaciones y estrategias pastorales, los esfuerzos no pueden difuminar el compromiso con la experiencia del sufrimiento que, por su relación con la Cruz, se verifica como un «lugar teológico» ineludible, y como preámbulo necesario para la credibilidad de la evangelización:

«¿Cuáles son los elementos que constituyen la esencia de la caridad cristiana y eclesial? Según el modelo expuesto en la parábola del buen Samaritano, la caridad cristiana es ante todo y simplemente la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación: los hambrientos han de ser saciados, los desnudos vestidos, los enfermos atendidos para que se recuperen, los prisioneros visitados, etc. (...); b) La actividad caritativa cristiana ha de

ser independiente de partidos e ideologías; (...) c) Además, la caridad no ha de ser un medio en función de lo que hoy se considera proselitismo. El amor es gratuito; no se practica para obtener otros objetivos»¹⁷.

5. *La justicia social es una tarea escatológica y guiada por la providencia*

El capítulo séptimo de la Constitución *Lumen Gentium*, mostrando el esfuerzo conciliar por meditar y profundizar en su identidad, describe a la Iglesia como «de índole escatológica». Se trata de una clave imprescindible en la reflexión de la teología pastoral en la medida en que proporciona los esfuerzos, ubica adecuadamente la esperanza depositada en los proyectos y permite comprender la naturaleza evolutiva y no revolucionaria de la espiritualidad cristiana¹⁸.

«Ha llegado el momento de reafirmar la importancia de la oración ante el activismo y el secularismo de muchos cristianos comprometidos en el servicio caritativo. Obviamente, el cristiano que reza no pretende cambiar los

¹⁶ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 28, 238-239.

¹⁷ *Ibidem*, 31, 243-244.

¹⁸ Cf. JUAN XXIII, *Pacem in terris* (11 de abril de 1963), 161-162, AAS 55 (1963), 301. Para un desarrollo sobre esta clave: cf. R. CALVO, *Hacia una pastoral nueva en misión*, Burgos 2004, 182-196.

planes de Dios o corregir lo que Dios ha previsto. Busca más bien el encuentro con el Padre de Jesucristo pidiendo que esté presente en el consuelo de su Espíritu, en él y en su trabajo»¹⁹.

6. *El horizonte del derecho «a no tener que emigrar» como escenario para los derechos civiles y el reconocimiento del «derecho a la emigración»*

La Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948 hizo patente el protagonismo concedido al Estado frente al individuo en la arquitectura de la politología contemporánea²⁰. La propia Carta muestra la contradicción entre el estatuto de los refugiados, respecto a quienes se indica la responsabilidad del Estado en su acogida para proteger su dignidad; y la de aquellos cuyo desplazamiento está motivado por motivos económicos y ligados al desarrollo, hacia quienes se obvia el compromiso por su cuidado. Por esta razón, en el contexto de la crisis actual, se hace más comprometida la reivindicación clásica, en la teología ca-

tólica de las migraciones, del «derecho a la emigración»²¹.

«Crear condiciones concretas de paz, por lo que atañe a los emigrantes y refugiados, significa comprometerse seriamente a defender ante todo el derecho a no emigrar, es decir, a vivir en paz y dignidad en la propia patria. Gracias a una atenta administración local o nacional, a un comercio más equitativo y a una cooperación internacional solidaria, cada país debe poder asegurar a sus propios habitantes no solo la libertad de expresión y de movimiento, sino también la posibili-

¹⁹ BENEDICTO XVI, *Deus caritas Est* 37, 248-249.

²⁰ Cf. J. DE LUCAS, «La herida original de las políticas de inmigración. A propósito del lugar de los derechos humanos en las políticas de inmigración»: *Isegoría* 26 (2002), 59-84.

²¹ De forma genérica pueden distinguirse tres grandes períodos en la «teología de las migraciones». El primero con el citado origen en Pío IX, comprende hasta Pío XII otorgando el protagonismo al cuidado espiritual por aquellos que abandonan el espacio propio. El segundo, desarrollado por el magisterio de Juan XXIII y Pablo VI, se centra en la reivindicación del alcance del «destino universal de los bienes» verificado en el alcance del «derecho a la emigración». El tercero, con Juan Pablo II como especial protagonista, busca el acomodo de estas pretensiones en un esquema complejo capaz de responder a las necesidades de los emigrantes, los autóctonos y las condiciones de bienestar que deben ser gestionadas por el Estado; traduciéndose esta búsqueda en la delimitación de los criterios para la regulación de flujos. Es posible que el marco actual de la crisis haya inaugurado un nuevo período integrador de los tres anteriores.

El areópago de las migraciones

dad de colmar necesidades fundamentales, como el alimento, la salud, el trabajo, la vivienda, la educación, cuya frustración pone a mucha gente en condiciones de tener que emigrar a la fuerza. Ciertamente, existe también el derecho a emigrar. En la base de este derecho, como recuerda el beato Juan XXIII en su encíclica *Mater et magistra*, se encuentra el destino universal de los bienes de este mundo»²².

7. *Las parroquias, lugares donde ejercer el «derecho a la acogida»*

El Concilio mostró las implicaciones de una Iglesia universal cuya misma naturaleza queda expresada en la Iglesia local, tal y como hemos descrito (LG 23). Dando continuidad a esta dinámica, la cercanía a los individuos se verifica en el ámbito donde la celebración de la Eucaristía vertebrada las comunidades en las que se vive la Palabra y se lleva a cabo el discernimiento comunitario del Espíritu.

«La parroquia, que etimológicamente designa una habitación en la que el huésped se encuentra a gusto, acoge a todos y no discrimina a nadie, porque nadie le es ajeno. Conjugada la estabilidad y la seguridad de quien se encuentra

en su propia casa con el movimiento o la precariedad de quien está de paso. Donde es vivo el sentido de la parroquia, se debilitan o desaparecen las diferencias entre autóctonos y extranjeros, pues prevalece la convicción de la común pertenencia a Dios, único Padre. De la misión propia de toda comunidad parroquial y del significado que reviste dentro de la sociedad, brota la importancia que la parroquia tiene en la acogida del extranjero, en la integración de los bautizados de culturas diferentes y en el diálogo con los creyentes de otras religiones. Para la comunidad parroquial no se trata de una actividad facultativa de suplencia, sino de un deber propio de su misión institucional»²³.

8. *La construcción de espacios sociales ha de partir del reconocimiento del pluralismo*

Juan Pablo II insistió en la imposibilidad de separar a la persona de su expresión cultural²⁴, sugiriendo

²³ Íd., *Mensaje en la Jornada Mundial del Emigrante 1999*, 6.

²⁴ «La cultura es un modo específico del “existir” y del “ser” del hombre. El hombre vive siempre según una cultura que le es propia, y que a su vez crea entre los hombres un lazo que les es también propio, determinando el carácter inter-humano y social de la existencia

²² JUAN PABLO II, *Mensaje en la Jornada Mundial del Emigrante 2004* (15 de diciembre de 2003) 3, AAS 96 (2004), 428.

que en ésta se visibiliza la naturaleza relacional de la persona. Por otra parte, la Declaración *Dignitas humanae* establece en la libertad religiosa el cimiento para la salud del entramado político de toda sociedad. Este presupuesto exige acoger los desplazamientos migratorios desde las coordenadas del pluralismo: iluminados por la experiencia de Pentecostés, la Iglesia pueda contribuir al encuentro recíproco entre las culturas y las experiencias espirituales.

«La emigración debe ser vista como una invitación a vivir “la comunión en la diversidad”. De ahí que deba reconocerse la importancia del diálogo entre culturas y entre religiones. La gran diversidad de procedencias en los flujos migratorios ha colocado el diálogo ecuménico e inter-religioso en el centro de la preocupación por los emigrantes y refugiados, haciendo de estos diálogos no una opción, sino una obligación inherente a la misión de la

humana. En la *unidad* de la cultura como modo propio de la existencia humana, hunde sus raíces al mismo tiempo la *pluralidad de culturas* en cuyo seno vive el hombre. El hombre se desarrolla en esta pluralidad, sin perder, sin embargo, el contacto esencial con la unidad de la cultura, en tanto que es dimensión fundamental y esencial de su existencia y de su ser»: ÍD., *Mensaje de Juan Pablo II a la Unesco* (2 de junio de 1980) 6, AAS 72 (1980), 737-738.

Iglesia en el mundo de la emigración. El diálogo multicultural, inter-religioso y ecuménico debe ser acometido en el contexto de la “nueva evangelización”»²⁵.

9. *El contacto con los emigrantes permite profundizar en la actitud humana de la búsqueda de la verdad que prepara la experiencia de fe*

Junto al peso que las migraciones tienen en la literatura bíblica, también desde la perspectiva antropológica pueden ser consideradas como «lugar teológico» privilegiado. En los límites es posible descubrir aspectos de la realidad que permanecen ocultos en otras circunstancias. En ese sentido, las migraciones suponen una experiencia de desarraigo que permiten el autoconocimiento y la mejor valoración de existencia. Al tiempo, genera comunión más allá de las condiciones sociales o económicas de origen: la misma experiencia vivida por Abraham, creando comunión con los forasteros, se traduce en una gramática que puede vincular los corazones, por encima

²⁵ PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PASTORAL DE EXTRANJEROS Y EMIGRANTES, «Retomar el camino de Cristo. Para una pastoral renovada de los emigrantes y los refugiados. Documento final. Diálogo 1-3»: *People on the move* 93 (2003), 411.

El areópago de las migraciones

de otros condicionantes culturales o sociales²⁶:

«El camino de los emigrantes puede transformarse, de este modo, en signo vivo de una vocación eterna, impulso continuo hacia esa esperanza que, al indicar un futuro más allá del mundo presente, insiste en su transformación en la caridad y en la superación escatológica. Las peculiaridades de los emigrantes se vuelven llamamiento a la fraternidad de Pentecostés, donde las diferencias se ven armonizadas por el Espíritu y la caridad se hace auténtica en la aceptación del otro. Las vicisitudes migratorias pueden ser, pues, anuncio del misterio pascual, por el que la muerte y la resurrección tienden a la creación de la humanidad nueva, en la que ya no hay ni esclavos ni extranjeros»²⁷.

²⁶ Cf. El contacto con los extranjeros y paganos es un tema decisivo en la teología bíblica que muestra la conexión entre sufrimiento y Revelación. La expresión de los sinópticos «al otro lado del lago», así como algunos de los encuentros descritos, permite valorar la trascendencia de esta temática para comprender la misión del Hijo y su evolución hacia el universalismo inclusivo: cf. P. ALONSO, *The Woman Who Changed Jesus. Crossing Boundaries in Mk 7,24-30*, Leuven 2011.

²⁷ PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PASTORAL CON EMIGRANTES E ITINERANTES, *Erga migrantes caritas christi*, 18, 771.

10. *La luz que surge de la experiencia de los emigrantes debe iluminar el «camino juntos»*

El protagonismo de las personas que parten de los contextos de marginación y dificultad en sus propios procesos de crecimiento, es una clave identitaria de la teología pastoral católica²⁸. En el «areópago de las migraciones» se torna exigencia en cuanto solo la lectura adecuada de las necesidades permite articular respuestas pastorales eficaces.

El reconocimiento positivo del pluralismo cultural y religioso requiere la escucha de lo que, siendo profundamente humano, nos remite al mismo Dios. Experiencia que constituyó un punto de inflexión en la experiencia del destierro de Babilonia para el pueblo ju-

²⁸ «Los programas de desarrollo, para poder adaptarse a las situaciones concretas, han de ser flexibles; y las personas que se benefician deben implicarse directamente en su planificación y convertirse en protagonistas de su realización. También es necesario aplicar los criterios de progresión y acompañamiento –incluido el seguimiento de los resultados–, porque no hay recetas universalmente válidas. Mucho depende de la gestión concreta de las intervenciones»: BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate* (29 de junio de 2009) 47, AAS 101 (2009), 683.

dío y que constituye una de las claves imprescindibles para la comprensión de la génesis de las primeras comunidades²⁹.

«Teniendo siempre en cuenta que los inmigrantes deben ser los principales protagonistas de la pastoral, se podrían contemplar así soluciones adecuadas, tanto en el ámbito de la pastoral étnico-lingüística como en el de la pastoral de conjunto»³⁰.

11. *Necesidad de repensar el concepto de ciudadanía y capacitar a los migrantes para su ejercicio*

La llegada de emigrantes a nuestras sociedades cuestiona el concepto tradicional de ciudadanía, como cauce para encontrar respuesta a su necesidad de identificación y de sentido de pertenencia. Al mismo tiempo la sociología evidencia la necesidad de la

implicación de los protagonistas del espacio social para la construcción de comunidades dotadas de los necesarios niveles de participación que aseguren el bien común.

La categoría jurídica de ciudadanía es expresión simbólica, por tanto, del vínculo entre individuo y sociedad donde está comprometido el desarrollo de la dimensión relacional de la persona y el horizonte del bien común de la sociedad.

«La integración no se presenta como una asimilación, que induce a suprimir o a olvidar la propia identidad cultural. El contacto con el otro lleva, más bien, a descubrir su “secreto”, a abrirse a él para aceptar sus aspectos válidos y contribuir, así, a un conocimiento mayor de cada uno. Es un proceso largo, encaminado a formar sociedades y culturas, haciendo que sean cada vez más reflejo de los multiformes dones de Dios a los hombres. En ese proceso, el emigrante se esfuerza por dar los pasos necesarios para la integración social, como el aprendizaje de la lengua nacional y la adecuación a las leyes y a las exigencias del trabajo, a fin de evitar la creación de una diferenciación exasperada»³¹.

²⁹ Esta tesis es sostenida, entre otros, por R. Brown para mostrar cómo el contacto con los samaritanos fue decisivo para la comprensión del mesianismo no sólo desde la perspectiva davídica, sino desde la mosaica, lo que generó un desarrollo teológico que desencadenó la separación del templo: ÍD., *La comunidad del discípulo amado*, Salamanca 1983, 89-131.

³⁰ PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PASTORAL CON EMIGRANTES E ITINERANTES, *Erga Migrantes Caritas Christi*, 18, 771.

³¹ JUAN PABLO II, *Mensaje en la Jornada Mundial del Emigrante 2005* (24 de noviembre de 2004) 1, AAS 97 (2005), 173.

12. *La pastoral es una tarea sinfónica, cuyo protagonista es la comunidad eclesial y que requiere una organización y una estructuración de la caridad*

La pastoral con emigrantes se ofrece, de esta forma, como un escenario privilegiado para verificar la madurez del grupo eclesial que ejerce las acciones pastorales. Las programaciones y diseños han de contribuir a configurar una «pastoral de conjunto»³².

«El amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial, y esto en todas sus dimensiones: desde la comunidad local a la Iglesia particular, hasta abarcar a la Iglesia universal en su totalidad. También la Iglesia en cuanto a comunidad ha de poner en práctica el amor. En consecuencia, el amor necesita también una organización, como presupuesto para un servicio comunitario ordenado»³³.

Un signo profético que apela a la necesidad de un trabajo coordinado entre todas las instituciones que resulta imprescindible en el marco político actual:

³² Cf. C. FLORISTÁN, *Teología práctica. Teoría y praxis de la acción eclesial*, Salamanca 1998³, 229-246.

³³ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 20, 233-234.

«Esta política hay que desarrollarla partiendo de una estrecha colaboración entre los países de procedencia y de destino de los emigrantes; ha de ir acompañada de adecuadas normativas internacionales capaces de armonizar los diversos ordenamientos legislativos, con vistas a salvaguardar las exigencias y los derechos de las personas y de las familias emigrantes, así como las de las sociedades de destino. Ningún país por sí solo puede ser capaz de hacer frente a los problemas migratorios actuales»³⁴.

En el horizonte escatológico, una ciudad: la Nueva Jerusalén

Los dos últimos capítulos del libro del Apocalipsis quieren alentar las esperanzas de una comunidad obligada a buscar razón de su esperanza en una realidad en la que es necesario integrar las grandezas y las miserias de la existencia³⁵.

La Jerusalén celestial³⁶, quizá ¿por qué no?, el edificio que en el icono de Rublev se asociaba a la experiencia trinitaria del Padre, es sugerido como meta de una humanidad

³⁴ ÍD., *Caritas in veritate*, 62, 697.

³⁵ Cf. E. BIANCHI, *El apocalipsis. Comentario exegético-espiritual*, Salamanca 2009, 11-52.

³⁶ Cf. U. VANNI, *Lectura del Apocalipsis. Hermenéutica. Exégesis. Teología*, Estella (Navarra) 2005, 401-422.

convocada por su Dios. En el comienzo de esta última profecía, el narrador recupera las viejas promesas de Isaías para anunciar que en la Nueva Ciudad «pondrá su morada entre ellos y ellos serán su Pueblo y Él, con ellos, su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado» (Ap 21,3-4). Una utopía realizable que sugiere la necesidad de eliminar, en la medida de lo posible las estructuras sociales, políticas y económicas que pierden el horizonte de la dignidad como rasgo identitario de toda persona humana, y como clave que ha de ser comprendida en relación con el género humano en su conjunto.

La profecía continúa invitándonos «a un monte grande y alto», al mismo que constituye el trasfondo de la figura del Espíritu en el icono de Rublev, donde éste nos muestra la Ciudad Santa «que bajaba del cielo, de junto a Dios [...] y que tenía una muralla grande y alta con doce puertas [...] tres al oriente, tres al norte, tres al mediodía y tres al occidente» (Ap 21,10-11). Una arquitectura que refleja la idea de una universalidad que está llamada a ser la clave política de futuro; y que se refleja en las variaciones actuales de los flujos migratorios, en los cuales la incidencia de la crisis resulta decisiva variando la dirección de la movilidad.

En los espacios donde el trato a los emigrantes se aproxima a estas descripciones la vida social alcanza la bendición descrita por la profecía: «me mostró el río de agua de vida, brillante como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero. En medio de la plaza, a una y otra margen del río hay un árbol de vida que da fruto doce veces, una vez cada mes; y sus hojas sirven de medicina para los gentiles»: el deseo de la vida en condiciones de dignidad y abierta a la posibilidad de Alianza que el pintor ruso situó como trasfondo de la figura del Hijo.

La Jerusalén futura es descrita como un empedrado de múltiples piedras preciosas que se sugieren como metáforas de los tesoros que alberga cada una de las culturas. Aún mejor, de cada una de las personas que, herederas y partícipes de una cultura, están llamadas a un encuentro en el marco de la globalización. Por esta razón «sus puertas no se cerrarán con el día y traerán a ella el esplendor y los tesoros de las naciones» (Ap 21,25-26).

El camino sinodal «a recorrer juntos» busca el cumplimiento de esta profecía en la que la aportación de la Iglesia católica es necesaria e ineludible: «Dichosos entonces los que laven sus vestiduras, porque así podrán disponer del árbol de la vida y entrarán por las puertas de la ciudad» (Ap 22,14). ■